

MARTI E IDUARTE CONTRA EL CAUDILLISMO

JOSÉ PRATS SARIOL

El 19 de mayo de 1895 caía en combate frente al ya desvinculado colonialismo español el más grande de los cubanos. Al conmemorar el centenario de la muerte de José Martí debemos reflexionar críticamente sobre las recepciones que ha merecido. El nombre del escritor tabasqueño Andrés Iduarte y su libro *Martí escritor* surge como otra forma de leer al poeta de los *Versos libres*. Y claro que les propongo un diálogo, nunca un bostezante monólogo. Como tampoco, desde luego, la aceptación indiscriminada del ideario martiano o de las observaciones del biógrafo. Rendir tributo, testimoniar gratitudes, debe ser ante todo un modo de pensar, no de aceptar. De los calenturientos o heladas estamos hartos en la América nuestra, la diferente, la que se desgrana al sur del río Bravo.

Intentaré fijar el texto de Iduarte para enseguida soltarlo por los principales aspectos que trata. Intentaré conversar un poco con los dos, desde este fin de milenio que para los latinoamericanos repite expoliaciones y agujijones que parecían del pasado. Trataré al final de hacerle honor al título de estas cuartillas. En definitiva el objetivo es motivar, una vez más, la lectura del apóstol de la independencia cubana.

Desde 1932 venía Andrés Iduarte publicando críticas sobre el héroe cubano. En la década siguiente, cuando va a trabajar en la Universidad de Columbia en Nueva York, decide presentar su tesis para el Doctorado en Filosofía y Letras sobre *Martí escritor*. Allí lo obtiene magistralmente en 1944, y de inmediato *Cuadernos Americanos* de México publica la tesis en 1945. Los elogios se suceden. Letras de México le otorga el premio al mejor libro de autor mexicano publicado en el año, y Ermilo Abreu Gómez, jurado del concurso, exalta los méritos de la obra. Desde La Habana también se suceden los encomios, desde Raúl Roa hasta Juan Marinello, desde Medardo Vitier hasta



Autorretrato de José Martí

Gonzalo de Quesada y Miranda... Jorge Mañach, el 18 de agosto de 1946, en el *Diario de la Marina*, caracteriza al autor: "... de la grata calidad humana de este tabasqueño sencillez sin simplicidad, cálido sin frenesí, radical sin barbarie, inteligente hasta el límite mismo en que la inteligencia lo perfora todo y se hace deletérea, generoso, en fin, de los que saben mantenerse por debajo de la beata indulgencia y por encima de la severidad estéril".

Tantas buenas resonancias obtiene *Martí escritor* en su primera edición —que

coincide con el cincuentenario de la muerte de Martí— que los preparativos de la celebración del centenario del nacimiento en 1953, vienen precedidos por la reedición cubana, revisada y ampliada, en 1951. Más de cuarenta años después, la feliz idea del Gobierno tabasqueño de publicar las *Obras Completas* de Iduarte, incluye, por supuesto, su más relevante obra ensayística, un libro que para cualquier indagación martiana es necesario conocer.

La primera duda surge de inmediato: ¿Por qué intelectuales de tan diversas y en muchos casos opuestas filiaciones ideológicas, y políticas coinciden en alabar *Martí escritor*? ¿Cómo logra Iduarte que pensadores tan dispares se unan en la aceptación? La respuesta envuelve el primer mérito y el primer defecto de su libro.

Cuando Iduarte decide realizar su indagación se encuentra con decenas de estudios valiosos, sobre todo de autores cubanos. Para no descubrir el agua tibia, por elemental deber, procesa prácticamente toda la bibliografía pasiva existente. Al ofrecer un resumen, quizás implícitamente motivado por una suerte de complejo —de no ser cubano o de ser demasiado «universitario», de no herir a críticos consagrados o de evitar polémicas—, prefiere casi siempre citar sin comentarios o citar para avalar los juicios más obvios,

los menos conflictivos para la caracterización, los más generales. Y citar preferentemente a las autoridades literarias: Rubén Darío, Gabriela Mistral, Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez...

Sé por experiencia propia -Carlos Pellicer o José Hernández, Mariano Picón Salas o José Ortega y Gasset- que la aprensión es inevitable cuando se trata de un autor de otro país o muy célebre. La síntesis, sin embargo, al fin resulta útil, aunque desde el deseo muy benéfico de que pudo ser más atrevido. Tal benevolencia no empaña la labor, sólo la circunscribe a un plano de valiosa recensión, no exenta a momentos de juicios y compromisos.

A cincuenta largos y complejos años de la primera edición de *Martí escritor*, a un poco menos de la segunda edición revisada, aún el libro —quizás por su mesura expositiva— mantiene incólume su capacidad de orientación, de pórtico lúcido de la obra martiana. Pienso, especialmente, en un lector cubano o no que por primera vez se inicie en la prosa y la poesía del enorme escritor latinoamericano.

Por supuesto que mucha lluvia fértil —y polémica— ha enriquecido de entonces a hoy la bibliografía martiana, basten los nombres de dos poetas y ensayistas cubanos para la argumentación: Fina García Marruz y Cintio Vitier. O de dos críticos extranjeros: Iván Schulman y Noel Salomón. A lo que debe agregarse la paulatina publicación de las ediciones críticas, auspiciadas por el Centro de Estudios Martianos. En fin, que para un especialista el libro de Iduarte, lógicamente, ya no tiene el valor inaugural de su momento; que sobre cada uno de los acápites de su libro existen hoy, por suerte, numerosos y profundos textos. Aventuro la certeza de que uno de los más contentos de esta situación sería el propio Andrés Iduarte, cuyo fervor martiano lo llevara a legar su biblioteca particular a la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, con una única condición, que llevara el nombre del cubano.

Fijado el texto y aludida la resonancia de sus recepciones, puedo ahora soltar el comentario por las sagacidades que *Martí escritor* exhibe. La primera, de problemática vigencia en Cuba, atañe a los excesos. Dice Iduarte en el “Propósito” de su libro: “En el aspecto patriótico ha sido y es visto como un Dios, y es causa legítima de esta consagración su excepcional calidad humana; pero por ese camino ha llegado a la condición de mito, y lo que es más grave, a la de lugar común”.

Bien sabemos los cubanos que admiramos y leemos a José Martí, sobre todo los que sólo tenemos su foto en nuestras casas —sin compañías contemporáneas—, cuánto de verdades potenciales y reales hay en la aguda observación de Iduarte. Un fenómeno más o

menos parecido al que otros próceres o filósofos han sufrido. Hay que convenir en los peligros de lexicalización que apunta el ensayista mexicano y relacionarlo con otro padecimiento, más dañino: la tergiversación o manipulación.

También este virus es identificado por Iduarte. Cuando trata acerca de las ideas —Capítulo 4— y se refiere a las Políticas (II), advierte que en Martí «se sienten cobijados muchos hombres limpios y puros, y bajo cuya sombra quieren aparecer también aquellos que no lo son». Favorecidos por la tendencia martiana al aforismo, a la sentencia moral y a la generalización apodíctica, no poca gente —sobre todo políticos— ha saqueado para su bolsillo los textos martianos, los han utilizado como símbolo de justificación y de distinción, de lustre. La habilidad para sacar frases y párrafos de contexto, la picardía para adueñarse del espíritu martiano, el astuto uso de su ideario, no pocas vergüenzas —sinvergüencerías— arrastra. A lo que desgraciadamente hay que añadir —antes y ahora mismo— la mala enseñanza de que ha sido víctima.

Está bien lo de colocar un busto —aunque casi siempre hidrocefálico— en cada escuela del país, lo de memorizar, recitar, declamar «la rosa blanca» o la última de sus cartas a Leonor Pérez... Menos bien le hace a su memoria viva tomar sus artículos y discursos para ejercicios gramaticales, repetir mecánicamente en los exámenes autopsias mal redactadas en los manuales escolares, tomarlo como una asignatura del plan de estudio... Mal le hace ocultar las fragilidades a las que como todo ser humano tuvo derecho, descontextualizar sus denuncias y reflexiones, pensar que era infalible o que sobre algunas de sus ideas sociales y políticas, económicas y estéticas, no han pasado más de cien años...

Reitero que mi recepción de *Martí escritor* parte de las mismas intenciones no ditirámicas que su autor se propuso y consiguió. Un rápido paseo posibilitará una valoración de conjunto; pero sobre todo deseo contribuir levemente al mejor homenaje a José Martí, a que no se anquilese en la vitrina de un museo o en el pedestal de una plaza, a que su ejemplo y su obra sean motivo de reflexión permanente, grávida, como lo querían sus mejores hijos, como lo quiso siempre el poeta tabasqueño y mexicano, cubano y latinoamericano, Carlos Pellicer.

En la primera parte del libro —“El hombre y su obra”— resalta la excelente síntesis de la «Vida». Muy agudo es Iduarte cuando dice: “En cuanto a doña Leonor, tiene más imaginación que su marido, y una cultura y una sabiduría de pueblo viejo, que le hacían escribir con los años y el amor al hijo, magníficas

cartas sin ortografía, pero con un talento al que no le hace falta la ortografía”. Sabe Iduarte reflejar el mismo sentido de amor al pueblo, sin pizca de demagogia, que Martí tuvo. No edulcora el ambiente familiar donde Martí crece, la relación con el padre, la situación económica de “estrechez siempre, pobreza las más de las veces, miseria en ocasiones”. Los hitos los va narrando con maestría, con la maestría muy novela realista, muy siglo XIX que apreciamos en su novela *Un niño en la revolución mexicana*, en sus crónicas españolas. Pero insisto en que el mérito mayor es no ocultar zonas frágiles, vivencias: desde la asignatura que Martí suspende en Madrid hasta los amorios con Rosario de la Peña, la musa del poeta suicida Manuel Acuña, ya en su estancia mexicana, donde como bien dice tuvo: «escuela, palenque y forja».

Con grusto nos recuerda cómo este hijo insólito de un humilde matrimonio de inmigrantes, a los veintidós años está en París, visita a Víctor Hugo... Y regresa al centro cultural de la época cinco años después, en 1879, para volverse a encontrar con Hugo, pasear por Père Lachaise, buscar las tumbas de Rousseau y Musset, de Abelardo y Eloísa; visitar a Sarah Bernhardt y a Flammarión... Iduarte sabe muy bien cómo conformar el panorama mediante la selección de anécdotas clave, dar la caracterización mediante una apropiada selección de informaciones.

Quizás a veces resulte un tanto melodramático, como cuando refiere las relaciones de Martí con su esposa Carmen Zayas Bazán o con María Mantilla en Nueva York, pero siempre va a buen paso, siempre encuentra el rasgo, desde la pasión patriótica dispuesta a cualquier sacrificio hasta el culto a la amistad, como cuando refiere la relación con Manuel Mercado y cita los *Versos sencillos*:

***Tiene el conde su abolengo:
Tiene la aurora el mendigo:
Tiene ala el ave: yo tengo
Allá en México un amigo.***

Iduarte pocas veces deja sin argumentar e ilustrar sus afirmaciones. Tampoco olvida la referencia al estudioso que antes de él tratara el asunto. Su probidad intelectual siempre está presente. Lo que no le impide —más bien lo ayuda a— polemizar con elegancia, rectificar con sutileza. Corrige, por ejemplo, la caracterización de Regino Boti, cuando el poeta afirmó: “Su cultura era más dilatada y múltiple que intensa y profunda. Sugiere horizontes, no simas”. Iduarte le sale al paso: “Justo decir, con Boti, que la cultura de Martí era más dilatada y múltiple que intensa y profunda”; pero agregando que en numerosos aspectos también

era profunda e intensa y que, gracias al genio de Martí, siempre sugiere horizontes y (...) simas”. A lo que me atrevo a añadir que el sentido de “intensidad” —tanto en Boti como en Iduarte— es de naturaleza racional, intelectual, porque efectivamente no hay nada en Martí que no sea intenso, de una intensidad que muchas veces le hizo daño.

Bajo este mismo diálogo constructivo debo manifestar mi desacuerdo con Iduarte cuando, por pruritos escolares exagerados, se duele de la poca formación académica. Es cierto que Martí no tuvo una vida estudiantil regular y vertebrada después del presidio político, es decir, después de ser detenido el 21 de octubre de 1869, y condenado el 4 de mayo de 1870. Pero tal realidad de vértigo y sufrimiento, de lucha patriótica constante y de febril escritura, que lo acompañará durante sus escasos cuarenta y dos años de vida, no le impidió convertirse en uno de los hombres más cultos de su época, en el mejor prosista de habla hispana de su momento. A lo que debe agregarse la formación previa al lado de su maestro Rafael María de Mendive en la Escuela Municipal de Varones, donde ingresa a los trece años, en 1866. ¿Qué significa “estudiar organizadamente”? ¿Podría haber sido mejor de haber realizado estudios sistemáticos en las espesas universidades españolas o hispanoamericanas de su época? Pienso que no, que su propia personalidad se hubiera rebelado o aburrido enseguida. Es curioso que un intelectual como Iduarte, conocedor de que la abrumadora mayoría de nuestros escritores sólo han tenido una formación autodidacta, se preocupe vanamente por esta nimiedad.

Otra zona discutible es cuando Iduarte le critica las “exageraciones de crítico afectivo” y la “teatralidad de sus discursos”. Sobre el primer aspecto el propio Iduarte cita, sin razón, los juicios de Martí sobre Núñez de Arce, donde entre otras hierbas no afectivas dice: «En él las ideas parecen prestadas, y la forma es demasiado precisa. Suda sobre su obra, tortura sus ideas, las amolda al verso al poder de golpes, y las deja como un escultor deja su figura de mármol cuando la juzga perfecta. La inspiración tiene alas, y en medio de tan rudo trabajo, alza el vuelo; y faltando ella podrán hacerse versos acabados, pero no poesía». Podría poner otros ejemplos para demostrar que la generosidad de Martí, su preferencia por el elogio afectuoso, no lo ciega. Un estudioso con más curiosidad en este aspecto que Iduarte, podrá observar que Martí supo casi siempre graduar con extremo cuidado sus alabanzas, y sobre todo medir delicadamente sus silencios.

Respecto de la teatralidad de sus discursos, en efecto: resultan teatrales. ¿Y qué? ¿Acaso no era ése un espíritu de época, de estirpe romántica? ¿Acaso un

hombre que esencialmente era poeta, como admira Iduarte, podría desdoblarse en un orador sereno, pausado, manso? ¿No habla Iduarte de “la ternura reconcentrada y quemante que lo acompañó durante toda su vida”? ¿No será que esa crítica, sin darse cuenta, alude con razón a los epígonos, a los imitadores? ¿De qué otra forma podía hablar, en público o en privado, un hombre iluminado, exasperado por Cuba, dueño de todos los fuegos libertarios, los morales y los patrióticos? ¿Hay que repetir testimonios de alumnos oyentes privilegiados, absortos ante un verbo de genuina locuacidad, de entereza, de espuela y rienda?

Quizás también la división de su obra en tres períodos cronológicos resulte esquemática. No parece tan diferente antes de la residencia en Nueva York, de 1881 a 1895, y en los meses posteriores. Claro que Martí sufre, como otros autores de gran relieve, la publicación de sus obras completas, tan útiles, sin embargo, histórica y filológicamente, pero a veces muy dañinas para la valoración. Vale recordar que en su carta-testamento a Quesada le dice sobre sus versos: «No publique ninguno antes del *Ismaelillo*; ninguno vale un ápice». Con la misma severidad debió juzgar no poca de su prosa, muchas veces escrita vertiginosamente, sobre todo artículos periodísticos.

Perfecto es Iduarte, sin embargo, con dos adjetivos caracterizadores, tanto de la poesía como de la prosa martiana: «ferviente y robusta». Verdaderamente ofrecen una feliz síntesis. También es exacto cuando prefiere la poesía, las cartas y sobre todo el *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos*. “La mejor hora de su vida produce las páginas que para nosotros son las mejores de su obra” —dice Iduarte.

De suma importancia —sobre todo por las minimizaciones que han tratado de hacer los marxistas y los materialistas de otros signos ideológicos cerrados— es la enorme presencia de la *Biblia* en sus escritos. Así lo reconoce Iduarte, lo extiende y engrandece: “... la mención de la cruz está en todas las páginas íntimas que se refieren a su sacrificio”. Nada más lejano de un ateo que José Martí. Sus críticas a los errores eclesiásticos no lo separan de Dios. La filiación filosófica es la de un “sentidor —sentidor tanto más que pensador”, como sostuviera Miguel de Unamuno. Hay coincidencia en lo que Iduarte resume: “La teoría moral y la ensoñación religiosa puede haberlos recogido de los krausistas y los trascendentalistas norteamericanos, el bramido de Hugo y los románticos, pero la llama interna es la de los místicos españoles. De las Sagradas Escrituras a Emerson, de San Francisco de Asís a Santa Teresa de Jesús, el pensamiento martiano parece ser una prédica moral y patriótica presidida por el sacrificio lúcido, del ala a la raíz, del ideal a la reali-

dad, de la nostalgia por Cuba a la lucha práctica por su liberación, del temor preclaro contra el naciente imperio norteamericano al sueño —aún sigue siendo un sueño— de la integración latinoamericana: «Nos agriamos —dijo Martí— en vez de amarnos. Nos encelamos en vez de abrir vía juntos. Nos queremos como por entre las rejas de una prisión. ¡Es verdad que es tiempo de acabar!»

Apunto otros méritos de la caracterización realizada por Iduarte: la certeza sobre la “irremediabilidad política”, y no como estorbo —según viera Gabriela Mistral, equivocadamente— sino como catalizadora de su talento literario; el reconocimiento de que «hay en Martí un aliento continental que no hallaremos en ningún otro hombre de su época»; la apreciación de un espíritu esencialmente generoso, amoroso aun con los españoles; la exaltación justa de lo que México significó en su vida, como cuando al hablar de José María Heredia dijo: “Lo llama México, que siempre tuvo corazones de oro, y brazos sin espinas, donde se ampara sin miedo el extranjero”.

Y no olvida Iduarte que Martí fue ante todo un defensor de la autenticidad, por encima siempre de consideraciones estéticas. Pero que tal autenticidad nunca la confundió con la espontaneidad facilista, con la oratoria enumerativa y machacona, con los textos que pretenden disculpar su pobreza expresiva detrás del patriotismo. Hace muy bien Iduarte en citar unas líneas martianas que aplastan cualquier equívoco ingenuo o malintencionado, oportunista: “Poesía es poesía, y no olla podrida, ni ensayo de flautas, ni rosario de cuentas azules, ni manta de loca hecha de retazos de todas las sedas, cosidas con hilo pesimista, para que vea el mundo que es persona de moda, que acaba de recibir la novedad de Alemania o de Francia”. Cita de maravillosa actualidad contra los «posmodernistas» de hoy, contra los neopesimistas carentes de esperanzas; lo mismo que contra la mediocracia que sin ni siquiera saber redactar se atreve a escribir sobre José Martí, dentro de la cual no dejan de abundar burócratas de altos cargos, y pocas luces.

La lectura de *Martí Escritor* llega ahora, en mis cuartillas finales, al título de la conferencia: al caudillismo que tanto repudió Martí, que tan bien supo Iduarte denostar a través de la palabra del autor de «Dos patrias» —poema que curiosamente no comenta el ensayista mexicano, quizás dejándole a Octavio Paz, sin saberlo, la preciosa labor valorativa, como podemos disfrutar en *Los hijos del limo*.

Como quizás ya estemos —quiera Dios!— en tránsito hacia el fin de los tradicionales totalitarismos y caudillismos, en tránsito hacia nuevos peligros como la trivialización electrónica de la vida, la pesadilla

ecológica y el ahondamiento de las diferencias entre países ricos y pobres... Como quizás seguirá el sueño martiano de que la América nuestra deje de ser tierra de injusticias y hambres, de estrechos nacionalismos y corrompidos entreguismos, de fundamentalismos, y anexionismos... Como quizás, tal vez, a lo mejor, decidí cerrar esta salutación con un tema de cabeza más visible, más guillotnable.

No oculto, todo lo contrario, una motivación muy cubana contra el caudillismo. El hecho de que en nuestra compleja y dramática historia haya predominado —haya arrebatado y tenido el poder— la “racionalidad amor al totalitarismo”, sobre los ideales y las acciones de los defensores de la “racionalidad moral emancipatoria” y de la “racionalidad moral instrumental”, favorece que ahora resalte la aversión martiana contra el caudillismo monologante, represivo.

Dejo que sea Iduarte quien inicie la caracterización: “Del caudillismo triunfante en México tuvo que ocultarse, al que pasajeramente aceptó en Guatemala tuvo que negarlo con una renuncia, el de Venezuela le da a escoger entre la adulación y el destierro”. Y más adelante agrega:

“Martí pudo pedir ventajas a los caudillismos americanos. Un suelto en favor de Porfirio Díaz, el silencio ante la deposición de Izaguirre de la Escuela Normal Central de Guatemala, la aceptación de las ofertas de Guzmán Blanco —que sabía su mérito y deseaba comprar su decoro— le hubieran hecho consejero áulico, gran figura del periodismo mexicano, centro de la vida intelectual de Guatemala o Venezuela, persona importante, influyente, acomodada y rica. Pero Martí *traía la estrella y la palabra en el corazón*”.

Aunque de Martí podemos repetir lo mismo que él dijera de Mark Twain, que tenía “la melancolía incurable de todos los que conocen a los hombres profundamente”, tal “melancolía” nunca lo apartó de la lucha contra los caudillos mayores: los colonialistas de entonces, tan parecidos a los de ahora mismo, aunque estos últimos sepan disfrazarse vistosa, cibernéticamente.

Hombre que le prometió a su patria desde el destierro, desde los sufrimientos del exilio, que sería “tizon de tus tiranos”, supo siempre enfrentarse a los enemigos solapados o desenfadados de la democracia, de la libertad. Ocultar o silenciar esta zona de su ideario, por las razones que sean, es hacerse cómplice de sus

enemigos. No pocas sospechas de fraude valorativo levantan quienes ayer u hoy minimizan su aversión al militarismo, al ordeno y mando, al lenguaje para soldados. En carta a Máximo Gómez de 1884 Martí escribe: “Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento”. Y le pregunta: “¿Qué somos, General?, ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar a la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él?”

Tanta vigencia tienen hoy sus críticas al caudillismo como a la corrupción, su aversión al odio como su defensa del indio. Enemigo de cualquier modalidad represiva— y en 1995 las hay de una peligrosísima sutileza-, su lucidez, y sobre todo su ética llena de honradez y de generosidad, de genuino cristianismo, le hace advertir que “lo importante para el titiritero es hacer ir a los títeres por donde quiere que vayan”. ¿De cuántos titiriteros pueden hablar los países latinoamericanos? ¿Acaso muchos partidos políticos no actúan como si el pueblo fuera un títere manipulable, conducible a cualquier parte? ¿No es imprescindible identificar a los nuevos titiriteros que nos rodean de cara al año 2000?

Sabía muy bien Martí que “el odio no construye”. Cinco años antes de morir, en 1890, dice: «Ni Saint-Simón, ni Karl Marx, ni Bakunin. Las reformas que nos convengan al cuerpo”. Bien supo Andrés Iduarte, testigo de la guerra civil española, cuánta razón asistía al prócer cubano, cuántas experiencias de la revolución mexicana, por ejemplo, se hubieran evitado de haberse interiorizado que “Se probó el odio y los países venían cada año a menos”.

Por favorecer un diálogo reflexivo sobre las actuales formas del caudillismo, por favorecer contra imposiciones y voluntarismos, internos y foráneos, “las reformas que nos convengan al cuerpo”, quiero finalizar recordándoles que Leonor Pérez, la madre amorosa, le mandó hacer un anillo con el hierro de sus grilletas. José Martí nunca se lo quitó del dedo índice. ¡Que cada uno de nosotros sepa rendir honor, como Andrés Iduarte, a ese anillo!

En La Habana, febrero y 1995